



Estado, Libertad y Responsabilidad

Michael Portillo

*Ministro de Trabajo
(Reino Unido)*

Imprime
EBCOMP, S.A. Bergantín, 1 - 28042 MADRID
Depósito Legal: M-30723-1995

ESTADO, LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

Michael Portillo
Ministro de Trabajo
(Reino Unido)

*Conferencia pronunciada con motivo de un
almuerzo-coloquio ofrecido el 28 de Junio de 1994.*

Michael Portillo es Ministro de Trabajo desde el 20 de julio de 1994. Desde Abril de 1992 ocupaba el cargo de Secretario de Estado del Tesoro con rango de ministro. Previamente había sido Secretario de Estado de Transporte (1988-90) y Subsecretario para la Seguridad Social (1987-88).

Michael Portillo fue elegido por primera vez miembro del parlamento en diciembre de 1984 por el distrito de Enfield Southgate. Participó en el Comité de Energía (1985-86) como Secretario Parlamentario Privado del Ministro de Transporte, y desempeñó el puesto de "Whip" del Grupo Parlamentario Conservador (1986-87).

Michael Portillo trabajó en el Departamento de Análisis del Partido Conservador desde 1976 a 1979 y fue Asesor Especial del Ministro de Energía desde 1979 a 1981. Dedicado a labores de consultoría en la industria petrolera desde 1981, fue nombrado en 1983 Asesor Especial del Ministro de Comercio e Industria. En 1983 se convirtió en Asesor Especial del entonces Ministro de Hacienda, Nigel Lawson, hasta 1984.

Michael Portillo nació en mayo de 1953, estudió en la Harrow County School y en Peterhouse (Cambridge) donde se licenció en Historia.

La última vez que pronuncié un discurso en Madrid, el año pasado, llamé la atención respecto a la pérdida de competitividad de Europa e identifiqué como una de las principales causas el nivel de costes impuesto por los gobiernos europeos a las empresas.

Hoy deseo llamar la atención sobre otro aspecto de ese problema. Deseo demostrar que el crecimiento del Estado en los países europeos no sólo obstaculiza el crecimiento económico sino que también cambia la naturaleza de nuestras sociedades. Cuando el Estado se hace responsable de demasiadas cosas, cambia lo que la gente piensa de sus propias responsabilidades. Paradójicamente, en nuestro afán por eliminar la pobreza y la desigualdad, tal vez estemos creando sociedades menos compasivas al igual que menos competitivas.

José María Aznar reconoce el problema y sostuvo en un discurso pronunciado recientemente ante la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales que el único motivo legítimo del deseo de adquirir poder es la voluntad de limitarlo y controlarlo.

Los Estados deben proteger la libertad ...

La tarea esencial del Estado ha de ser la protección de la libertad de las personas. Sus funciones básicas son mantener el orden público y proporcionar una defensa fuerte. Ningún Estado que tenga derecho a tal denominación dejaría de proporcionar esas salvaguardias básicas.

La democracia ha pasado a ser en todo el mundo la forma más común de gobierno. En los últimos 10 años, 1.500 millones de personas han efectuado la transición de la dictadura a un gobierno electo. Hoy en día, cada europeo, del norte, sur, este y oeste, ejerce el derecho de voto.

La mayoría de la gente piensa que los Estados democráticos serían los guardianes naturales de la libertad y que ningún Estado podría llegar a ser demasiado poderoso o demasiado grande si los gobiernos hicieran frente al juicio periódico de sus ciudadanos en las urnas.

La democracia es verdaderamente una forma de proteger la libertad con gran éxito. A diferencia de práctica-

mente cualquier otro sistema de gobierno, proporciona un mecanismo pacífico para deshacerse de lo gobernantes que representan un carga onerosa o que son simplemente ineptos. Requiere que aquéllos en el ejercicio del poder tengan plenamente en cuenta a aquéllos cuyo único poder es el voto. La estructuras democráticas fomentan la tolerancia, la selección y la diversidad. Valoran la lealtad y el trabajo.

... pero la libertad está restringida por un Estado grande...

Sin embargo, hay dos factores relativamente nuevos que intervienen en las democracias modernas y tienden a causar una reducción de las libertades.

Primero, los electores esperan cada vez más de los gobiernos por los cuales han votado. Consideran que son dueños de su gobierno y, puesto que se sienten dueños del mismo, creen que éste debe hacer lo que ellos desean.

Ocurre con frecuencia que los políticos tienen muchas ganas de dar la impresión de que pueden hacer frente a cualquier problema y que su esfera de responsabilidades abarca todos los asuntos. Se sienten obligados a reaccionar ante cada petición de acción con una nueva ley o gastando una suma mayor del dinero de los contribuyentes.

En segundo lugar, la libertad de palabra, la libertad de expresión ofrecen a los grupos de presión y a los intereses personales un terreno fértil en el cual surgir y florecer. Es justo que existan tales grupos. La adopción de decisiones en una democracia exige que todos, por estrecho que sea su punto de vista, tengan la oportunidad de participar en el debate público. Pero es fácil, incluso para grupos muy pequeños, hacer que el gobierno sienta miedo. Cuando los políticos dan ansiosamente la impresión de que nada escapa a su esfera de competencia, es natural que hagan frente a exigencias crecientes de hacer más por los necesitados, de eliminar el delito, de intervenir a fin de impedir o aminorar el cambio industrial.

Cuando los gobiernos responden a esas presiones, sus actos no siempre son eficaces o útiles. Pero cada nueva acción de los gobiernos entraña cierta pérdida de libertad. Impuestos un poco más altos, posibilidades algo menores de elección, precios ligeramente más altos. En forma aislada, apenas si se advierten, pero el efecto total puede ser muy grande.

Las sociedades se construyen sobre complejos cimientos de derecho y obligaciones interrelacionados. La fuerza de las comunidades civilizadas proviene de los vínculos de dependencia mutua. El ejemplo supremo de esos vínculos es la familia; entre otros ejemplos se cuentan las obligaciones mutuas de los empleados y de los empleadores, el deber de caridad y los derechos de

las personas de tener cualquier creencia religiosa y política.

La creciente tendencia de los gobiernos europeos a la imposición de gravámenes y a la regulación significa que el Estado se ha hecho cargo de un número creciente de las responsabilidades de cada persona con los otros miembros de la sociedad. Las obligaciones de cuidar de nuestros conciudadanos pueden descargarse simplemente mediante el pago de impuestos y el beneficiario de la asistencia no siente ninguna obligación de gratitud con los burócratas de quienes recibe esa asistencia. Eso no sólo limita la libertad de los ciudadanos de llevar la vida que deseen sino que también erosiona el deseo de los ciudadanos de aceptar las obligaciones y responsabilidades que son esenciales para la cohesión de la sociedad civilizada.

En las dos grandes guerras de este siglo, los pueblos de Europa vieron cómo se utilizó el poder del Estado para hacer que sociedades íntegras trabajasen en pro de la lucha por la libertad. Era totalmente natural que, en el idealismo de ese orden mundial después de 1945, esperasen ver ese poder aprovechado para luchar contra la pobreza, el desempleo y la mala salud. En los años transcurridos, hemos aprendido que la acción colectiva es un instrumento más adecuado para pelear en la guerra que para combatir los males sociales.

En el Reino Unido, los representantes eclesiásticos han desempeñado un papel destacado en instar al gobierno

a hacer más. Sin duda, las enseñanzas cristianas nos dicen que seamos generosos y que compartamos nuestra riqueza con el prójimo. Pero no dicen a los gobiernos que sean más generosos con el dinero que no les pertenece. El mensaje cristiano no se refiere a los impuestos, el gasto público ni la caridad colectivizada, sino a la responsabilidad individual. El mensaje cristiano se refiere a la salvación de almas, las almas de las personas. Creo que representa una gran confusión estigmatizar de algún modo a los gobiernos como menos cristianos si no desean automáticamente quitar dinero a aquellos que lo han ganado, por más que la intención sea darlo a otros.

Hay un peligro real de que algunas personas se sientan satisfechas ejerciendo la compasión por poder. En el caso de mucha gente, la función del gobierno les ha minado -casi podía decirse confiscado- el sentido de responsabilidad hacia los demás. Es difícil tener relaciones de buena vecindad si se nos dice que el Estado debe cuidar de nuestro vecinos. Es difícil ser responsable dentro de nuestra familia si se nos dice que el Estado debe educar a nuestros hijos y enseñarles la diferencia entre el bien y el mal y cuidar de nuestros parientes ancianos. Es difícil sentir gran entusiasmo por el trabajo intenso si vemos que la imprevisión es recompensada por el sistema de la seguridad social.

Los Estados benefactores altamente desarrollados de la Europa Occidental intentan con dificultad responder a

la cuestión de cómo resolver los problemas sociales sin socavar la responsabilidad personal que constituye los cimientos de la sociedad civilizada.

A pesar de los niveles de vida mayores, los presupuestos de prestaciones asistenciales han proliferado y el número de beneficiarios de las mismas se ha incrementado muchísimo. Eso está muy claro.

No sólo sufren la libertad y la responsabilidad, sino también los valores de la sociedad.

¿Pero qué efecto ha tenido sobre los valores de nuestra sociedad?

Los encargados de formular políticas han deseado comprender los factores ambientales y educativos que llevan a la pobreza y a un bajo nivel de logros. Han deseado suprimir el estigma de ser pobre y aclarar que la asistencia del Estado es un derecho y no caridad.

Se comprende que lo hayan deseado, pero el afán de los gobiernos por mostrarse imparciales les ha impedido hacer distinciones y ha llevado al crecimiento del relativismo moral. Desde los años 60, aquellos que en el Reino Unido describiríamos, con un dejo de ironía, como pensadores progresistas, han llevado esos conceptos a niveles extremos. En su anhelo por no criticar el bajo nivel de logros, han llegado a mofarse del alto nivel de logros y del éxito como si fueran meramente el resultado de la avidez o de los privilegios. Elogiar el

mérito destacado ha sido calificado de odioso y motivo de divisiones. La competencia ha sido atacada como injusta o incivilizada. Este modo de pensar nos ha contagiado a todos y nos ha hecho sentirnos molestos al elogiar a aquéllos cuyos esfuerzos les han valido distinción.

En nuestro entusiasmo por la acción colectiva como una repuesta a los problemas sociales, hemos tendido a olvidar lo que las personas pueden hacer. Y la inquietud bienintencionada por ver la igualdad de oportunidades para todos se ha confundido en un deseo de ver resultados similares; esto es injusto para las personas de talento y hace que la excelencia se sofoque .

En realidad, según los pensadores progresistas, lo que la gente hace o logra se debe exclusivamente al medio, a la oportunidad o a las condiciones sociales, como si la elección individual y la responsabilidad personal nada tuvieran que ver. Nadie es culpable, sólo la sociedad. Ese tipo de determinismo es muy perjudicial.

Si la gente llega a creer que no puede hacer nada por sí misma, no reconocerá ninguna obligación respecto a los demás. Si siente sólo desprecio y envidia por aquéllos a quienes les va bien, no se sentirá motivada a emularlos. Eso es un caldo de cultivo de la conducta antisocial y delictiva.

Creo que España ha sido afortunada al eludir las formas más extremas de esta obstinación... hasta ahora.

Pero la intromisión excesiva del Estado y su impacto sobre los valores de la sociedad representan un problema al que hacen frente todas las naciones de Europa.

Opciones, diversidad, excelencia

Evidentemente, creo que los gobiernos deben poner mucho cuidado en las políticas sociales que escojan a fin de no limitar la libertad de las personas y la responsabilidad por sus propias vidas.

Eso no significa que los gobiernos no tengan una función a desempeñar. Pero es limitada y está claramente definida. Al igual que en la esfera económica, en la que su tarea es crear las condiciones para que las empresas puedan tener éxito, en la esfera social deben fomentar un marco que permita a cada uno concretar su potencial.

Si los gobiernos no se esfuerzan por fomentar la excelencia, existe el grave peligro de que las naciones no logren desarrollar las especialidades individuales necesarias para mejorar los niveles de vida de todos sus ciudadanos . Sólo valorando a la gente a título personal, su talentos y su logros puede una sociedad desarrollar valores comunes significativos.

La acción de los gobiernos no debe retirar el incentivo de que la gente se autoabastezca . Nuestro objetivo es lograr que la gente escape de la dependencia.

Sobre todo, los gobiernos deben devolver a sus ciudadanos el sentido de su propio valor.

Las personas tienen intelecto, ambición, orgullo. Son capaces de mucha maldad y mucha bondad, de grandes desatinos y grandes logros. Creo que el primer deber del gobierno es ayudar a la gente a ser lo que desee ser, a satisfacer su potencial; sobre todo, a ser personas independientes. El mal que hace la pobreza es retirar las opciones de la gente. La gente carece de la oportunidad de ser independiente y, por tal motivo, la pobreza afecta no sólo a su estilo de vida sino también a su ánimo y a su humanidad. Le priva de dignidad.

Me impresiona algo que el filósofo judío Maimónides escribió en el siglo XII "El grado más alto de caridad, no sobrepasado por ningún otro, es el de la persona que ayuda al pobre dándole un obsequio o un préstamo o aceptándole en una asociación comercial o ayudándole a conseguir trabajo, o sea, poniéndole donde pueda prescindir de la ayuda de otros".

Los gobiernos de Europa deben contrarrestar el crecimiento del tamaño del Estado y necesitan aumentar el control que tiene la gente sobre su propia vida. Esto requiere que seamos modestos acerca de los límites de la competencia gubernamental. No podemos ni debemos reemplazar a la familia o a la comunidad. Lo que los gobiernos pueden hacer por la gente necesitada no puede ser nunca un sucedáneo de lo que una persona puede hacer por otra.

Los gobiernos deben fomentar las opciones y la diversidad, a fin de que haya lugar para los talentos de todos. Deben suprimir la barreras a la igualdad de oportunidades, a fin de no desperdiciar ninguna especialidad que sirva a la sociedad. No deben deformar, mediante su intervención, los incentivos naturales al logro y al trabajo. Deben valorar la iniciativa y respaldar y sostener la acción voluntaria para mejorar las condiciones sociales.

Debemos dejar que la gente ahorre una parte de sus ingresos. Los gravámenes que imponemos deben afectar a los incentivos lo menos posible e infligir el mínimo de distorsión a la economía.

Debemos alentar a la gente a adoptar el mayor grado de responsabilidad posible. En el Reino Unido hemos reducido el alcance del Estado vendiendo empresas que pertenecían al gobierno y fomentando una mayor independencia administrativa en los colegios y hospitales. La adopción de más decisiones a nivel local contribuye a apuntalar el sentido de comunidad entre los que viven en la localidad. Hemos fomentado una mayor tenencia de acciones e incrementado enormemente el número de personas que son propietarias de su vivienda. Hemos alentado a la gente a tener pensiones privadas para complementar lo que recibirán del gobierno al jubilarse. Hemos exigido que los maridos separados de sus esposas den dinero para los hijos que han dejado. Estamos creando una nueva prestación

para los desempleados. Limitará el pago a quienes están buscando activamente trabajo pero se les proporcionarán las oportunidades de mejorar sus aptitudes y sus probabilidades de conseguir trabajo.

Estamos alentado a los padres a que adopten decisiones relativas a la educación de sus hijos. Los padres reciben más información sobre el aprovechamiento de sus hijos y pueden luego comparar los resultados de los exámenes de una escuela con aquellos de otras.

La educación es de primordial importancia. Los gobiernos deben asegurarse de que la finalidad de la educación sea lograr la excelencia. Su objetivo es llevar a los niños a los verdaderos límites de sus talentos y mucho mas allá de los límites de sus ambiciones, y frecuentemente mas allá de los límites de las ambiciones de su padres. Tal educación requiere niveles, rigor y competencia. No hay lugar para quienes consideren que la finalidad de la educación es habituar a los alumnos a la mediocridad o adaptarles a un bajo nivel de logros.

También estamos aclarando a los padres que siguen siendo responsables de sus hijos incluso cuando su hijos cometen delitos. Los padres deben enseñar sus hijos la diferencia entre el bien y el mal. No deben poder rechazar su responsabilidad cuando el niño decide hacer algo que está mal. Estamos adoptando una nueva facultad que permite a los jueces hacer que los padres sean legalmente responsables de la futura

conducta de su hijo si éste es declarado culpable de un delito.

Conclusión

Si bien los Estados de Europa tienen diferentes tradiciones culturales y diferente historia, al acercarnos al fin del siglo XX vemos que todos hacen frente al mismo problema: cómo reordenar las prioridades de los gobiernos a fin de que podamos continuar satisfaciendo la expectativas de la gente y reducir al mismo tiempo el tamaño y la función del Estado. Tendremos que hacerlo para poder competir con el resto del mundo

Es un desafío tremendo. Debemos explicar que, si bien el Estado debe desempeñar las funciones que sólo él puede realizar -la defensa, el mantenimiento del orden público, la provisión de un mecanismo de seguridad para los necesitados- las personas también deben atender a sus propias necesidades y estar dispuestas a cumplir con las obligaciones que tienen respecto a sus familias y sus vecinos.

Debemos considerar con optimismo la existencia de una Europa de naciones independientes, compuestas de personas autosuficientes y con confianza en sí mismas, en las que la iniciativa y la responsabilidad personal no sean eliminadas por una dirección centralizada sino acogidas y respetadas dentro de un libre mercado de éxito creciente.

PAPELES DE LA FUNDACION

- Nº 1. La Financiación de los Partidos Políticos.
-Pilar del Castillo-
- Nº 2. La Reforma del Impuesto sobre Sociedades.
-Francisco Utrera Mora-
- Nº 3. La Conclusión de la Ronda Uruguay del GATT.
-Aldo Olcese Santonja-
- Nº 4. Efectos del Control de los Arrendamientos Urbanos.
-Joaquín Trigo Portela-
- Nº 5. Una Política de Realismo para la Competitividad.
-Júan Hoyos Martínez de Irujo-
-Júan Villalonga Navarro-
- Nº 6. Costes de Transacción y Fe Pública Notarial.
-Rodrigo Tena Arregui-
- Nº 7. Los Grupos de Interés en España.
-Joaquín M. Molins López-Rodó-
- Nº 8. Una Política Industrial para España
-Recopilación de las ponencias del seminario
coordinado por Joaquín Trigo Portela-

- Nº 9 La Financiación del Deporte Profesional.
-Pedro Antonio Martín-
-José Luis González Quirós-
- Nº 10 Democracia y Pobreza
-Alejandro Muñoz-Alonso-
- Nº 11 El Planteamiento Urbanístico y la Sociedad del Bienestar
-Manuel Ayllón Campillo-
- Nº 12 Estado, Libertad y Responsabilidad
-Michael Portillo-

FUNDACIÓN PARA EL ANÁLISIS Y LOS ESTUDIOS SOCIALES

PATRONATO

PRESIDENTE: *José María Aznar López*

VOCALES

*Esperanza Aguirre Gil de Biedma, Miguel Blesa de la Parra, Pío Cabanillas Alonso,
Juan Fernández-Armesto Fernández-España,
Carmen Fraga Estévez, Antonio Fontán Pérez,
Ignacio Gómez-Acebo Duque de Estrada, Juan Hoyos Martínez de Irujo,
Jaime Lamo de Espinosa y Michels de Champourcin, Juan José Lucas Jiménez,
Sebastián Martín Retortillo, José María Michavila Núñez,
Alejandro Muñoz-Alonso Ledo, Aldo Olcese Samonja,
Marcelino Oreja Aguirre, Félix Pastor Ridruejo,
José Pedro Pérez Llorca Rodrigo, Manuel Pizarro Moreno,
Federico Carlos Sáinz de Robles, Pedro Schwartz Girón,
Jesús Trillo-Figueroa Martínez-Conde, Juan Villalonga Navarro,
Tomás Villanueva Rodríguez*

SECRETARIO GENERAL: *Miguel Ángel Cortés Martín*

DIRECTOR GENERAL: *Alfredo Timermans del Olmo*

CONSEJO ASESOR

*Fernando Becker Zuazua, Pilar del Castillo, Gabriel Elorriaga Pisarik,
José Luis González Quirós, José Luis Martínez López-Muñiz,
Eugenio Nasarre Goicoechea, Baudilio Tomé Muguruza.*

Fundación Para el Análisis y los Estudios Sociales

San Agustín, 15 - 1^º Dcha. 28014 MADRID

